

# 1898. *Intervencionismo militar de los EE.UU. sobre Puerto Rico y Cuba*

Raúl MARTÍN BERRIO  
*Universidad Complutense*

«La guerra de los Estados Unidos con España fue breve. Sus resultados fueron muy grandes, sorprendentes y de importancia mundial».

La historia de esta guerra, en su más amplio y verdadero sentido, no podrá ser escrita hasta que pasen muchos años, porque hasta entonces será imposible reunir todo el material necesario, ni tampoco obtener la exacta perspectiva y proporción que solamente la distancia puede dar». (Henry Cabot Lodge, Senador de los EE.UU., «The war with Spain, 1899»).

## SOBRE PUERTO RICO

La guerra hispanoamericana señala el final de la presencia soberana de España en el Nuevo Mundo.

Para Puerto Rico significó el suceso que cerró un período que abarcaba desde el 19 de noviembre de 1493 al 18 de octubre de 1898 en el que España estuvo presente con plenitud de derecho en la isla, y que supuso un cambio de soberanía, en el que sus habitantes permanecen inmersos aún.

Esta breve campaña de 1898, de diecinueve días, es un modelo de guerra culta, moderna y humanitaria. La invasión de Miles reunió todas las notas de un paseo triunfal, debido a su actitud ante la sociedad insular; se respetaron las costumbres, leyes y religión de los nativos; no se menoscabó en absoluto la función de los representantes de la autoridad civil, no obstante el estado de guerra; no se utilizó el sistema de requisas, sino que todo era pagado, incluso la renta del terreno donde levantaban sus tiendas, de forma generosa. Su proclama, bien pensada, de efectos calculados y de amplia difusión, suscitó en todo el país afanes de progreso y deseos de libertad, al menos así lo asimiló el humilde campesino. Lugo Viña, Carbo-nell, Mateo Fajardo, Nadal, Luzunaris y otros, se infiltraron a un tiempo en los pueblos y en el ánimo de sus habitantes como adelantados de un ejército que batía marcha de honor ante las señoras, besaba y repartía golosinas a los niños. Soldados que combatían y hacían marchas de treinta millas bajo un sol ardiente del mes de julio, y luego en Hormigueros, de rodillas ante el padre Antonio, rezaban a la Virgen de la Monserrate, tan querida y venerada en todo el Oeste de la Isla.

Esta política de la guerra, este estar el hombre detrás del cañón, y los

abundantes sacos de oro acuñado que trajeran Miles, Brooke y Wilson, facilitaron la penetración, eliminando reacciones secundarias.

El capitán Vernon, colocando flores en Yauco sobre la tumba de un soldado español muerto en el combate de Guánica, rememoraba hazañas quijotescas de la andante caballería, muy del agrado de la sociedad portorriqueña, descendiente de aquellos españoles que abrieron el camino de las Indias, entre los que abundaban los que hacían causa común con sus ideales.

### POSTURA DE LA COLONIA PORTORRIQUEÑA EN EE.UU.

Escasos portorriqueños eran partidarios de la anexión de la Isla a los EE.UU., entre ellos estaban los Lugo Viña, Fajardo, Palmer Anuy, Besosa y casi un centenar más de médicos o técnicos que habían seguido estudios en universidades norteamericanas, por lo que su mentalidad era fácilmente proclive, por la admiración que en ellos despertaban los EE.UU., a la anexión.

Sin embargo, no fue la presión de este grupo la que convenció al Presidente Mac-Kinley y a su gobierno, para que de modo imprevisto decidieran cambiar el escenario bélico desde donde sus tropas operaban, Cuba, a Puerto Rico. Fue la acción minoritaria del doctor Julio J. Henna, médico residente en Nueva York, que se encaminó a Washington para ponerse en contacto con el senador por Massachusetts, Mr. Lodge, al que habló de llevar la guerra a Puerto Rico, si estallaba el conflicto hispanoamericano, Lodge le remitió a Teodoro Roosevelt, en aquella fecha Subsecretario de Marina. El doctor Henna que poseía el arte de persuadir, supo halagarle, pintándole como el hombre elegido por Dios para llevar a su pueblo los beneficios de la libertad, el progreso y la prosperidad. Le dio a conocer un minucioso informe sobre las fuerzas españolas en Puerto Rico, su armamento, parques, caminos, puertos y ferrocarriles, añadiéndole que, en caso de una invasión, si a ella cooperaban él y sus amigos, el país en masa iría alzándose contra el Gobierno de España, respaldando a las fuerzas americanas.

El doctor Henna y Roberto H. Todd, Presidente del Club Separatista Rius Rivera, de Nueva York, visitaron nuevamente a Roosevelt, al Presidente Mac-Kinley y a otras personas influyentes. El mismo Presidente dijo, poco después a Henna y Todd que él estaba tan interesado por Puerto Rico que, si la guerra se declaraba, el Ejército de los EE.UU. operaría contra la isla.

Sin embargo, cuando la invasión se llevó a cabo ni Henna ni Todd figuraron en ella. Solamente el general Stone, de Ingenieros, accedió a llevar con él un grupo reducido de puertorriqueños como cooperantes.

Henna llegó a redactar un manifiesto, que fue entregado por Todd a Al-

ger, Secretario de la Guerra, el cual lo alabó pero no accedió a que su Gobierno se responsabilizara de él, no obstante vio con agrado que se le diera la mayor difusión posible en el interior de la isla.

## SITUACION MILITAR DE PUERTO RICO AL INICIARSE LA GUERRA

Puerto Rico, la más reducida de las Grandes Antillas, está situada entre los 17° 50' y 18° 30' latitud Norte, y 65° 30' y 67° 15' longitud Oeste. Su capital, San Juan, tenía en 1898, 32.048 habitantes; Ponce, 27.952, y Mayagüez, 15.187. En aquel año sus puertos principales, además de San Juan, eran Mayagüez, Ponce, Arecibo, Aguadilla, Arroyo, Guánica, Fajardo y Humacao.

Una carretera de primer orden unía ya a Ponce de San Juan, atravesando toda la Isla, de Sur a Norte; este era el llamado Camino Militar. Existían otras vías que comunicaban a Mayagüez y Ponce con los lugares próximos. Igualmente funcionaba ya un ferrocarril de circunvalación desde San Juan hasta Isabela, y desde Aguadilla a Mayagüez, el que interrumpiéndose en algunos puntos o zonas, alcanzaba hasta Ponce, pasando por Yauco.

Gobernaba la Isla, en funciones de capitán general, y de gobernador civil, el Teniente General D. Manuel Macías y Casado, más político que estratega. Fue su segundo, el General de División D. Ricardo Ortega y Díez, gobernador de la plaza de San Juan, buen soldado, aunque un tanto impetuoso.

La Isla se dividía en siete zonas militares: Ponce, Mayagüez, Arecibo, Aguadilla, Humacao, Guayama y Bayamón.

San Juan era la única plaza fuerte al sobrevenir la guerra. Tenía artilladas varias baterías con 43 piezas de calibre medio, todas de hierro y ninguna de tiro rápido.

Durante mucho tiempo la Isla en su conjunto permanecía desartillada. Desde 1797, fecha de la invasión inglesa, no se había vuelto a utilizar las poquísimas existentes. Y en esta situación permaneció hasta 1896, año en que los oficiales y tropa de artillería, se montaron algunas piezas, aunque apropiadas únicamente para el combate cercano, resultando ineficaces contra los acorazados, por su tiro corto.

Puerto Rico tenía comprados, a sus expensas algunas piezas Krupp de 30 centímetros, pero que nunca llegaron por negarse a su transporte la Compañía Trasatlántica, pretextando que era una mala carga para sus vapores. Tampoco llegaron dos baterías de campaña Nordenfelt, de tiro rápido, a pesar de haber sido solicitadas con urgencia; sí llegó, en cambio, la grua necesaria para desembarcarlas, una locomóvil caminera, y ya cerrada la plaza por el bloqueo, un magnífico proyector eléctrico Mangin.

Jamás había habido tiro formal de escuela práctica por lo excesivo de su coste, y tampoco tablas de tiro, y con motivo de los combates, hubo entonces que calcularles. No existía un solo telémetro, y fue necesario utilizar algún teodolito, medir bases, y tender una red telefónica, cuya central fue instalada en San Cristóbal.

Los obuses de 24 centímetros, las únicas de regular calibre de que disponía la artillería, no tenía dotación de pólvora reglamentaria, y a tal efecto se utilizó la de los cañones de 15 centímetros, provocando un tiro irregular y corto.

Iniciadas ya las operaciones se levantó una batería semipermanente en Santurce, en lo alto del Sebornao, con que se cubría el puente de Martín Peña y su caño, Río Piedras, la loma de Prim, las Bocas de los Cangrejos, y la isleta de Miraflores.

Las fuerzas defensoras de infantería consistían en seis batallones: cuatro provisionales, enumerados del 1 al 4, y dos permanentes, denominados «Patria» y «Alfonso XIII». Cada uno de ellos tenía un efectivo de 800 hombres, cinco constaban de seis compañías y el resto de cuatro.

Después se organizó el batallón «Principado de Asturias», con 600 hombres, de tropas peninsulares.

El servicio de baterías de San Juan lo cubría el 12.º Batallón de Artillería de Plaza, integrado por cuatro compañías y un total de 700 hombres.

La Artillería de Montaña, de tiro rápido, la formaban ocho piezas: cuatro Placencia y cuatro Krupp, ya anticuadas y anteriores a los hechos.

La Guardia Civil, disponía, desplegadas, de cuatro compañías y dos escuadrones, integrando un cuerpo llamado «Tercio n.º 14 de la Guardia Civil».

También estaban presentes una compañía de Ingenieros telegrafistas; una sección de Sanidad Militar, y además un cuerpo semimilitar de orden público, y fuerzas de Intendencia.

En conjunto la Isla disponía de 8.000 soldados de tropa veterana, dotados con fusiles Máuser y 250 caballos.

Además, de guarnición en la Isla, había un cuerpo de Voluntarios, formado por 14 batallones y con una fuerza de unos 6.000 hombres, todos armados con fusil Remington reformado y bala de envuelta niquelada.

Cuando se iniciaron los enfrentamientos se crearon seis grupos de guerrilleros, de 100 hombres cada uno, bajo el mando de oficiales del Ejército. Sus miembros fueron seleccionados entre los veteranos más eficaces.

En la ciudad de San Juan se creó el batallón de «Tiradores», formado por funcionarios y empleados peninsulares con destino allí. Fueron numerosas y populares las guerrillas de voluntarios «macheteros». Fue normal que cada batallón de infantería crease un grupo de 35 hombres para actuar como guerrilleros.

Por lo tanto, al mes de declararse la guerra, Puerto Rico tenía 18.000

hombres en armas para su defensa, de los que 8.000 al menos, eran veteranos, disciplinados y con alto espíritu militar.

Las fuerzas navales estaban integradas por las siguientes unidades:

— El «Isabel II», crucero no protegido de segunda clase, con 1.152 toneladas.

— El «General Concha», crucero de tercera clase, no protegido de 584 toneladas.

— El «Ponce de León», cañonero de segunda clase, de 200 toneladas.

— El «Criollo», cañonero de tercera clase, de 201 toneladas.

— El «Terror», destructor de torpedos, de 870 toneladas.

— El «Alfonso XIII», crucero auxiliar, trasatlántico español de 4.381 toneladas.

Igualmente se formaron cuerpos auxiliares. Por ejemplo, los bomberos de San Juan, fueron agregados al cuerpo de Ingenieros, mientras que obreros diversos, mecánicos y forjadores mayoritariamente, se enrolaron en Artillería, quedando asignados a los castillos del Morro y San Cristóbal, siendo sus capitanes los ingenieros Abarca y Portilla. Una vez rotas las relaciones diplomáticas se les suministraba café, dos ranchos con pan, vino los jueves y domingos, y una peseta cada día.

La sociedad insular reaccionó favorablemente en el sentido de ofrecerse muchos de sus miembros como voluntarios para formar una escolta de seguimiento y protección en torno a la persona del Capitán General.

Salvo algunos contados intelectuales, y escasos revoltosos en cada pueblo, nadie, en Puerto Rico, quiso la invasión del Ejército norteamericano. Desde el principio, médicos, practicantes, y las más calificadas damas, se alistaron en la Cruz Roja, erigiendo hospitales, disponiendo ambulancias, y efectuando los más variados servicios. Pasó de 4.000 el número de jóvenes, todos voluntarios, que se incorporaron a las guerrillas. Hombres, caballos, víveres y oro, se abrió una suscripción, fueron ofrecidos al General Macías.

Gran parte de este entusiasmo se perdió a causa de la reacción popular suscitada por la conducta del Coronel D. Juan Camó, Jefe de Estado Mayor de Capitanía, nada afortunada en sus relaciones con los estamentos sociales más elevados. A esto se unió el desencanto social producido por la pérdida del Escuadrón de Cervera, y el resultado lamentable del combate entre el «Terror» y el «St. Paul»; en conjunto se originó un malestar amplio que desembocó en un descontento, que después de la invasión dio como reacción una desbandada. Muchos voluntarios regresaron a sus casas; los guerrilleros abandonaron sus puestos, huyendo al extranjero o escondiéndose en las montañas.

El desmoronamiento general de aquellas gentes sobrevino al final de la campaña, no así al principio, cuando llegaron a soportar estoicamente el bombardeo de San Juan, quizás el acto bélico más importante de ella. Es en las últimas semanas cuando todos, obreros, mecánicos, e incluso jueces

y magistrados llegan a la desbandada. Los primeros desertan de sus unidades y los segundos llegan a celebrar causas en pleno campo, lejos de sus salas habituales.

## EL DESEMBARCO NORTEAMERICANO

Al conocerse en San Juan el desembarco en Guánica, hubo gran revuelo que se manifestó en idas y venidas de los jefes más significados a la sede del Estado Mayor y el Palacio de Santa Catalina. Durante las primeras horas el Alto Mando español permaneció en la creencia de que aquella operación era, simplemente, una maniobra para atraer hacia el Sur a las fuerzas defensoras, mientras el verdadero ataque se produciría por Fajardo, punto elegido, según sus noticias, para invadir la Isla. Se dieron órdenes y contraórdenes para que las fuerzas de Ponce marchasen a Yauco y Peñón Tallaboa, y que otras, desde Mayagüez, por la carretera de Sabana Grande, avanzasen hasta Guánica. Poco más tarde se dejó en suspenso la orden cursada a la Comandancia de Mayagüez, y en cuanto a la tropa que ocupó el Peñón de Tallaboa, después de permanecer algo más de veinticuatro horas en aquel punto recibió la orden de retroceder a Ponce.

Hasta el día veintiséis no se aclararon los sucesos de Guánica y Yauco; abundaban los rumores procedentes de las oficinas del Estado Mayor. Algunos decían que los voluntarios de Yauco, Peñuelas y Sabana Grande habían llevado a cabo verdaderas proezas. Incluso se llegó a decir que una sección de macheteros, cargando al arma blanca contra los americanos los habían obligado a reembarcarse.

En este día la Gaceta oficial publicó el siguiente documento:

«Capitanía General de la Isla de Puerto Rico.

Estado Mayor.

Orden general del día 26 de Julio de 1898 en San Juan de Puerto Rico.

Soldados, marinos y voluntarios.—El enemigo que ha tiempo acechaba la ocasión de invadir esta isla, con el propósito de posesionarse de ella, desembarcó ayer un cuerpo de tropas en el puerto de Guánica. Para combatirlo con prontitud marcharon fuerzas del Ejército y de Voluntarios que, con gran decisión, han sostenido ya diferentes combates, demostrando así, los últimos, que las armas que espontáneamente tomaron lo son para la defensa de la nacionalidad de esta tierra española, y donde a la vez honra y ejemplo a los demás cuerpos de su Instituto.

Para contrarrestar la invasión extranjera, además de los Institutos armados, confío no ha de faltar la valiosa cooperación y espontáneo esfuerzo del país, que en paz y prosperidad ha vivido hasta el día con su nacionalidad española, cuya fe ha acreditado en otras invasiones anteriores y que en ésta me prometo confirmará.

Manuel Macías

Lo que de orden de S.E. se publica en la de este día para general conocimiento.  
El Coronel Jefe de E.M., Juan Camo.»

Este documento lo recoge D. Angel Rivero, Capitán de Artillería, en su «Crónica de la Guerra de Puerto Rico».

Nelson A. Miles, en su obra «*Serving the Republic*», pág. 297, refiere que en la semana del 27 de julio, y cuando estaba a caballo ante su tienda de campaña, viendo regresar a los campesinos a sus casas, «un hombre alto, flaco, de ojos negros, un venerable portorriqueño, quien deteniéndose ante él, le miró a la cara con el mayor interés, excitando su atención. Le habló con cariño, preguntándole qué deseaba, y le contestó en inglés correcto. ¿Es usted el general Miles?, y a pesar de su respuesta afirmativa, repitió la pregunta. De nuevo le contestó afirmativamente, y entonces, desabrochando su camisa, le presentó una carta que llevaba escondida escrita en fino papel francés y en español. Decía lo siguiente:

«Al Jefe de Operaciones del Ejército Libertador de la Unión Americana.

Ponce, P.R., Julio 26 de 1898

Ciudadano:

Desconociendo por completo la forma que deba emplear para entrar en comunicación directa con ese campamento, me dirijo al jefe de operaciones, a fin de manifestarle cuanto es mi deber en este momento histórico en que se fían al esfuerzo de las grandes conciencias y al valor fatal de las armas los hermosos éxitos de la independencia de una patria.

Absoluta es la cohibición militar, y ella impide la buena relación entre ustedes y este pueblo; y la censura oficial cierra las fuentes de la información; y quiero que se conozca por usted y compañeros la verdadera actitud y sentimientos de nuestra ciudadanía.

Aquí se esperaba la intervención americana, en la seguridad de romper la cadena forjada en yunque enorme por cuatro siglos de pesada administración y torpe nepotismo y penosa esclavitud moral. Al romper los timones de los acorazados de Norte América las ondas de la costa de Guánica y traer a este país la revolución política, nace la confianza y despierta el ideal de la Patria, dormido en las conciencias, al arrullo de promesas no cumplidas y sin esperanza de que lo sean, y este pueblo, con la excepción de los que gozan de las utilidades del presupuesto y de las atenciones oficiales, solemnizará, y a ello se prepara, el triunfo necesario de una civilización fundada en la libertad, y si fuera preciso para esto, a ofrecer su sangre en holocausto por tan sagrado propósito.

Va esta carta a llevar noticias a ustedes de que la conciencia ciudadana espera sin dormir en su causa. Ustedes, por tanto, cuentan por el pueblo que siempre estuvo dispuesto a secundar cualquier esfuerzo por su libertad. Tanto la ciudad como sus barrios están dispuestos a combatir por esa causa junto a ustedes; y hombres de corazón fuerte, con quienes estoy en contacto, estarían dispuestos a la lucha. Cohibe esta manifestación sincera de adhesión al ideal libertador la falta de elementos de ataque, y si los

tuviéramos, antes hubiéramos hecho el esfuerzo que impone el deber de patriotismo puesto frente a los enemigos del derecho puertorriqueño. No echaría, desde luego, sobre mi conciencia de patriota una responsabilidad grave lanzando a mis paisanos a desiguales luchas, sin armas que fueran su garantía, por lo menos de carácter moral.

Pueden ustedes disponer de los servicios que fueren precisos, y este es el motivo principal de esta comunicación.

Como a las entradas de la ciudad y jurisdicción de Adjuntas a canas, se hace trabajo activo por el Gobierno español para detener la marcha del ejército libertador, y hay ocultas avanzadas en las montañas vecinas con fuerzas de artillería, acaso esta comunicación llegue con tardanza; pero es la voz de hombres que sienten el gran deber de su patriotismo. Ellos confían en los grandes triunfos de América y creen llegado el momento de realizar el ideal supremo de su Patria en el seno de la libertad.

Su atento servidor,

Félix Matos Bernier

Después del día 26 toda la brigada Garretson regresó a su campamento, dejando avanzadas en los caminos vecinales que fueron oportunamente fortificados con trincheras y alambradas. Sus ingenieros militares reconocieron una loma contigua al puerto, y allí comenzaron los trabajos, en los que tomaron parte como mano de obra, bastantes nativos, para la construcción de un fuerte.

El día 27 por la tarde una sección exploradora, al mando del comandante Hayes, se presentó en Yauco, y al no encontrar resistencia, ni fuerzas españolas, se adentró en la población, llegando hasta la Casa Municipal, donde con la ayuda de Eduardo Lugo Viña, se puso en contacto con D. Francisco Mejía, vecino del lugar y miembro destacado de una importante familia del Sur, designándole Alcalde interino. Le encomendó el mantenimiento del orden, para lo cual le autorizó a formar una Policía Municipal, dotada con fusiles, de los que los voluntarios habían dejado abandonados, junto con el resto de su impedimenta, en su retirada. Algo más tarde el Comandante Hayes se retiró a su base.

El día 28 el general Guy V. Henry ordenó al mismo Jefe, Comandante Hayes, que con cincuenta hombres montados y seis oficiales, con una etapa para tres días y con una dotación de 100 cartuchos por plaza, marchase rápidamente al Peñón de Tallaboa, en prevención de que un hipotético vagón cargado con fusiles Máuser y abundancia de municiones, fuese dinaminado por simpatizantes de las tropas españolas que en su retirada lo habían dejado abandonado. Incluso corrían rumores de un posible intento de destrucción de la vía férrea.

En la misma orden se le indicó que velase para que la tropa no entrase en las casas particulares, ni que en modo alguno fuesen molestados los habitantes pacíficos.

Cuenta el Comandante Hayes que su entrada fue saludada con aclamaciones por el pueblo, y añade en su informe oficial: Bienvenida tan entusiasta no la recibió jamás ninguna tropa; calles y plaza pública no



podían contener a las multitudes que daban vivas a los Estados Unidos, a su presidente y al Ejército americano.

Las armas y municiones buscadas habían sido llevadas a Ponce el día anterior.

Las fuerzas norteamericanas, después de hacer noche, regresaron a Yauco, donde el 29 por la mañana se izó la bandera de los EE.UU. en la Alcaldía. El pueblo impresionado, estaba silencioso. La bandera española, fue arriada por Mejía, que como Alcalde procedió a leer desde el balcón este documento:

### ¡ CIUDADANOS !

Hoy asiste el pueblo puertorriqueño a la más hermosa de las fiestas.

Ya brilla el sol de América sobre nuestros valles y montes.

El día 25 de julio de 1898, fecha de gloriosa recordación será para todo hijo de esta bendecida tierra, porque por vez primera flameó gallarda la bandera estrellada, implantada en nombre del Gobierno de los Estados Unidos de América del Norte por el Generalísimo de las tropas americanas, señor Milles.

¡Puertorriqueños! Somos, por la milagrosa intervención del Dios de los justos, devueltos al seno de la madre Americana, en cuyas aguas nos colocara la Naturaleza.

Hijos de América, a ella nos devuelve en nombre de su Gobierno el General Milles, y a ella debemos enviar nuestro más expresivo saludo de amoroso afecto, dirigiéndolo por conducto de sus valientes tropas, representadas por la distinguida oficialidad que comanda el ilustrado General Milles.

¡Ciudadanos! ¡Viva el Gobierno de los Estados Unidos de América! ¡Vivan sus valientes tropas! ¡Viva Puerto Rico Americano!

Yauco, (P.R.), E.U. de América

Julio 29 de 1898

El Alcalde  
Francisco Mejía.

Terminada al actuación del Alcalde, una banda local de música interpretó La Borinquen y el pueblo se manifestó con vivas y aclamaciones.

Los voluntarios, depositaron en la Alcaldía su armamento, que quedó depositado y bajo la custodia de la policía municipal.

El Alcalde Mejía y Antonio Llabrés, impidieron con energía y decisión todo desorden, sofocando los intentos de represalia contra los voluntarios.

Yauco recibió con gran alegría a las fuerzas americanas. El entusiasmo, aquí como en otras partes, fue exclusivo de la gente más baja del pueblo, que dando gritos y saltos, corrían y hasta bailaban como locos.

### FIN DE LA GUERRA

A mediados de julio era ya conocido el resultado de la guerra, funesto para las armas españolas. El día uno de mayo de 1898 y frente al arsenal de

Cavite (Manila) el Comodoro Gewey con su escuadra, destruyó todas las fuerzas navales que tenía España en aguas del Pacífico, bajo el mando del Almirante D. Patricio Montojo.

El tres de julio, por la mañana, zarpó de Santiago de Cuba la escuadra del Almirante Cervera, y ese mismo día fue atacada, hundida y averiada la mayoría de sus buques, por la de Sampson.

España quedó muy reducida en su capacidad naval.

Vimos como los días 25 y 26 de julio, la Brigada Garretson, había capturado Guánica, y en los siguientes cayeron Yauco, Peñuelas, Ponce, Sabana Grande, San Germán, Mayagüez, Arroyo, Guayama, Las Marias, Adjuntas, Utuado, Juan Díaz y Coamo.

El Gobierno español intentó la mediación del Vaticano, para llegar a una paz honrosa, pero fracasó al igual que en otras cancillerías de Europa, logró, por último, apoyo del Gabinete de París: M. Jules Cambon, embajador de Francia en Washington, puso en manos de Mr. William R. Day, Secretario de Estado, el documento por el que el Ministro de Estado español, Duque de Almodóvar del Río, solicitaba condiciones para finalizar el enfrentamiento bélico.

Tras una serie de negociaciones preliminares, el día doce de agosto de 1898, William R. Day, Secretario de Estado de los Estados Unidos, y Jules Cambon, embajador extraordinario de Francia en Washington, debidamente acreditado por el Gobierno de España, firmaron el Protocolo de la Paz.

El día 14 de septiembre, zarparon con rumbo a Canarias, los buques de guerra españoles, Isabel II, General Concha, Terror y Ponce de León. Una muchedumbre los despidió cariñosamente desde la dársena del puerto, siguiendo después hasta el campo del Morro, en un incesante flamear de banderas españolas y pañuelos. El momento fue sumamente emotivo por tratarse de los primeros contingentes de tropas españolas, que de acuerdo con las estipulaciones del Protocolo eran repatriadas a España.

Ante las dificultades de transporte, fundadas en la escasez de medios, la repatriación fue lenta, en contra de lo establecido en el Protocolo que exigía que fuese inmediata.

Por indicaciones del Almirante Scheley, la Comisión americana accedió a que el Arsenal y todos sus edificios y terrenos fuesen considerados como tierra española, izándose en su entrada la bandera española, y allí, acantonados, permanecieron nuestros soldados hasta el veintitrés de octubre, en que embarcaron los últimos en el vapor Montevideo.

El Capitán General Macías y su Estado Mayor dejaron la ciudad el dieciséis de octubre embarcados en el vapor Covadonga. Anticipadamente todas las fuerzas de guarnición en la plaza se situaron en doble línea desde el Palacio a los muelles; a su paso las bandas de música interpretaron la Marcha Real.

En el séquito de despedida figuraban, además de sus ayudantes, el

secretario del Gobierno, doctor D. Benito Francia, el Presidente y los miembros del Gobierno insular, los cónsules extranjeros y todos los jefes y oficiales libres de servicio y comisiones de los organismos insulares, junto con el Alcalde de San Juan y sus concejales. El fuerte de San Cristóbal despidió al último Capitan General de Puerto Rico con una salva de 21 cañonazos.

Los ciudadanos le rindieron una cariñosa y entusiasta despedida.

## SOBRE CUBA

El año 1898 se inició con un gran distanciamiento entre los gobiernos de Madrid y Washington. Las relaciones entre ambos se hallaban determinadas por unas posiciones incompatibles y contrarias. Los norteamericanos mantenían una política expansiva en lo fundamental y los españoles sumidos en fuertes contradicciones internas, pretendían una ficción sustentada en el continuismo, mientras que un sector más realista buscaba una salida negociada al problema cubano. La prensa de unos y otros no cesó de avivar y enturbiar las respectivas posiciones.

No obstante aún en estas situaciones no son imposibles los gestos amistosos más o menos aparentes. El Gobierno americano ordenó que el «Maine», crucero protegido, fondeara en el puerto de La Habana en visita amistosa. En similares términos el Sr. Sagasta correspondió enviando al «Vizcaya», mandado por el comandante Eulate, a visitar el puerto de Nueva York, en donde fondeó el 18 de febrero, para zarpar el 25 con destino a La Habana. El «Maine» era un crucero protegido de segunda clase, con faja blindada, desplazaba 6.650 toneladas y tenía un andar de 17 millas y media; montaba cuatro cañones de 10 pulgadas en dos torres acorazadas; seis, de seis pulgadas; ocho, de una, y muchas piezas más de tiro rápido. Había sido construido en 1895, en el Arsenal de Nueva York, y mantenía a bordo una tripulación de 26 oficiales y 354 clases y marinería, todos bajo el mando, barco y hombres, del capitán C. D. Sigsbee.

El gesto político perdió pronto su eficacia y la realidad se impuso. El 15 de febrero a las veintiuna y cuarenta de la noche, una explosión seguida de otra menos intensa acabó totalmente con la proa del «Maine», que se hundió de esta parte hasta tocar fondo, bajo once brazas de agua. Perdieron la vida dos oficiales y 258 hombres de la tripulación. Colaboraron en las labores de auxilio el «Alfonso XIII» y el «Ciudad de París» que fondeados en las proximidades enviaron rápidamente a sus botes para recoger a los supervivientes. Los heridos fueron atendidos con prontitud y eficacia en los distintos hospitales de la ciudad. El entierro de las víctimas tuvo lugar el 17 en el cementerio Colón, en medio de dolor general.

Durante los primeros momentos se habló de accidente mortal y en estos términos están redactados los telegramas de condolencia que S.M. la

Reina Doña Cristina y el general Blanco, a la sazón Gobernador de Cuba, enviaron al Presidente Mac-Kinley. Fue después cuando se propaló la imagen de que todo había sido un atentado criminal.

El Gobierno americano creó el 21 de febrero una comisión de cuatro miembros, encabezada por uno de ellos, el capitán William T. Sampson, para que se desplazase al lugar de los hechos, investigase e informase. En idéntico sentido actuó el Gobernador de Cuba.

La comisión americana estuvo durante diez y ocho días en el puerto de La Habana, alojándose en el «Mangrove», prolongándose su estancia cinco días más a bordo del «Iowa». Su informe fue contundente y terrible: «Que el 'Maine' fue destruido por la explosión de una mina submarina, la cual causó los parciales de dos o más pañolas del buque».

La comisión española informó ante el Congreso de Madrid, manteniendo con demostraciones evidentes que «la explosión fue interior y, producida, ya por la caldereta de la dinamo, ya por la combustión espontánea del algodón de pólvora, con que se cargan los torpedos».

El suceso tuvo tal magnitud social y política que desprendiéndose de las actuaciones de las comisiones y de sus respectivos informes, se van a producir una serie de manifestaciones de peritos que interesados por él mostraron sus opiniones públicamente.

De esta manera, y haciendo gala de una gran imparcialidad, el vicepresidente norteamericano Erven y el capitán Buckill tildaron de absurda la teoría de la mina. Los rotativos europeos e hispanoamericanos en general se mantuvieron en esta línea de opinión. El Gobierno de Madrid ofreció reiteradamente, incluso diez años después de los hechos, tras la firma del Tratado de París, someter la cuestión al veredicto de un tribunal internacional, actitud que fue acogida con el silencio más absoluto por el lado norteamericano que se aferró al contenido del informe elaborado por su comisión oficial.

La opinión pública, en general, cifraba la virtualidad de la voladura en las mismas causas por las que en aquél entonces volaban en Europa y América una veintena, por término medio, de polvorines y depósitos de dinamita, como había sucedido recientemente en Miraflores, polvorín de Puerto Rico, en el que saltaron, dijeron que por reacciones químicas desconocidas y descuido de los hombres, un gran número de cajas de pólvora.

Igualmente muchos marinos norteamericanos mantuvieron que el suceso se había producido por motivaciones internas, nunca externas como atestiguaba el informe oficial, por la descomposición del algodón de pólvora, para la carga de los torpedos, que sometido al rigor de los climas calientes despiden gases capaces de la combustión espontánea, tal y como había sucedido en el Japón con el acorazado Mikasa.

Realmente resulta esclarecedor y definitivo el artículo que con fecha 2 de enero de 1902 publica el vicealmirante norteamericano Mr. George W. Melville, por entonces ingeniero jefe de su Armada, en la revista North

American Review. En él analiza científicamente el desastre, para alcanzar la conclusión, lógicamente deducida, de que la explosión fue interior; cita la clase de minas y torpedos utilizados por los soldados españoles en la recién acabada guerra; y sobre todo hizo especial mención de la operatividad de los torpedos inventariados en los polvorines y depósitos de Santiago de Cuba, cuyo mal estado de conservación los hacía inofensivos, unos por la mala calidad de sus explosivos, y otros, porque estaban mojados por el agua filtrada. No había en toda la isla de Cuba, torpedo o mina adecuados para volar totalmente una parte de la estructura del «Maine»; y por otra parte, amarrado como estaba a la boya número 4, resultaba muy difícil a la vista de la gente llegar con una mina al exterior del casco.

Todo fue inútil. La actitud oficial prevaleció, debidamente instrumentalizada por un sector de la opinión pública norteamericana, que suficientemente poderosa llevó a su gobierno a declarar la guerra a España, venciendo la oposición inicial de su Presidente.

En este sentido una Resolución fue presentada ante el Senado norteamericano, que la aprobó por 42 votos contra 35. La Cámara de representantes votó, 311 a favor de la guerra, 6 en contra. La Resolución quedó aprobada definitivamente el 19 de abril por el Congreso, y el 20 la firmó el Presidente. El mismo día 20 de abril, la reina regente D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Cristina declaró en el Parlamento español que «aquellas Cortes habían sido convocadas para defender los derechos de España».

También en este mismo día el ministro norteamericano en Madrid, Mr. Woodford, recibió un telegrama de su gobierno, firmado por Sherman, en el que se le daban instrucciones fundamentales, tendentes a eliminar la presencia física de España en Cuba, con la pérdida consiguiente de su soberanía sobre ella. Sin dilación alguna tenía que instar al Gobierno español a ello.

Una copia de este telegrama le fue entregada en mano al Señor Polo de Bernabé, ministro de España en Washington, quien inmediatamente solicitó sus pasaportes, encomendando a la Legación de Austria los asuntos de España; igualmente autorizó a M. Cambón, embajador de Francia, a intervenir en dichos asuntos.

Ante el hecho consumado de las relaciones rotas, los embajadores, el español a Canadá, el norteamericano, tras ceder la defensa de sus intereses a Inglaterra, a Francia, abandonaron sus destinos.

La Gaceta de Madrid del 25 de abril comunicó la ruptura de hostilidades. El mismo día el Congreso americano declaró: «que un estado de guerra existe, y ha existido, entre el reino de España y EE.UU., desde el día 21».

El Presidente incorporó a las armas a 125.000 voluntarios. El 27 del mismo mes proclamaba el bloqueo de la costa Norte de Cuba y el del puerto de Cienfuegos al Sur, y la Escuadra norteamericana del Atlántico zarpó.

El 22 de abril, el cañonero «Nashville», había abierto fuego sobre el

vapor español «Buenaventura», capturándolo en la costa Norte de Cuba, y así apresado fue obligado a dirigirse a Cayo Hueso. Este acto pirático obligó al Congreso norteamericano a retrotraer al 21 la fecha del inicio de hostilidades, para que quedase justificado.

## LA REALIDAD EN CAPACIDAD NAVAL

Hasta la segunda quincena de mayo de 1898 fue ministro de Marina en España el contraalmirante D. Segismundo Bermejo, momento en que es relevado de sus funciones en el Gobierno por el capitán de navío de primera clase D. Ramón Auñón.

Prácticamente desde el desastre de Trafalgar la Marina de Guerra española había vivido en plena penuria, la general de la nación, y atenazada su eficacia por unos presupuestos mezquinos, que no permitían construir nuevas unidades ni aún reparar o modernizar las existentes, manteniendo en servicio buques poco adecuados para los tiempos que corrían.

El ministro Bermejo daba más importancia al número de buques que a su estado y poder ofensivo y cifraba en gran parte el éxito naval de España en el comportamiento de los corsarios españoles.

La antítesis la encarna el almirante D. Pascual Cervera, dotado de una visión de futuro tan realista que causa asombro.

Sabía perfectamente del estado real de los buques puestos bajo su mando, mal armados y faltos de muchos elementos esenciales para el combate. No participa de la parafernalia popular que magnifica el poder del «Pelayo» y de «La Numancia», así como ve en los cuchillos y hachas de abordaje de catalanes y mallorquines algo que él en su fuero interno calificaría de hermoso, romántico y heroico pero absolutamente ineficaz en un combate naval.

Por el contrario y llevado de su gran profesionalidad, sabe calibrar a la perfección el valor y los poderosos medios de combate que el enemigo posee.

Es por todo esto por lo que a lo largo de las operaciones y antes de ellas inclusive, mantiene una actitud de protesta respetuosa hacia el Gobierno español y su política poco realista.

Su disciplina y su sentido del deber le llevan a cumplir con unos planes (*¿realmente los hubo?*) y con unas órdenes desquiciadas.

La Marina española en 1898 poseía un núcleo de cruceros de combate, que de cara a la opinión pública, imbuida de un fatalismo visceral, recibían la denominación de acorazados.

Eran los «Vizcaya», «Infanta María Teresa» y «Almirante Oquendo», recientemente botados en los astilleros del Nervión. La casa Ansaldo de Génova había hecho entrega a España de un magnífico crucero acorazado; el «Colón», que jamás tuvo montadas en sus torres las piezas de 254

milímetros, que sobre planos constituían su más poderosa artillería. El «Carlos V», «Alfonso XIII», y los destroyers «Terror», «Furor» y «Plutón», contruidos por los Thompson de Inglaterra, eran unidades de alguna importancia. Sobre el papel España aparecía como superior a los EE.UU., en cuanto a torpederos, cañoneras y destroyers. Pero también hay que decir que el «Pelayo», famoso acorazado, era un simple simulacro de ello, al faltarle todo el blindaje de una banda. La Prensa de Madrid machacaba casi a diario a sus lectores con magnificadas y abundantes relaciones nominales de los navíos de nuestra Escuadra, ocultando que la mayor parte de ellos carecían del armamento precioso, sus máquinas y medios de navegación eran casi inútiles, y sus cascos corrompidos por el rigor de la navegación en aguas tropicales. La mayor parte de las tripulaciones carecían o tenían escasa e incompleta instrucción. Bastantes cabos de cañón no habían disparado nunca una pieza de a bordo.

Una ola de optimismo y falsedades dio lugar al nacimiento de una imagen de invencible poder marino español. La escuadra de Cervera, a la que pretenciosamente se la llamaba escuadrón, la integraban más de sesenta unidades. En orden de marcha ocupaba mucha millas, y por si fuera poco buques austriacos la reforzaban. El combate si lo había estaba de antemano ganado. Esta era la idea de Madrid.

También se propalaban noticias acerca de lo mal que los americanos manejaban sus cruceros y acorazados, de los que cada semana se daban por varados a dos o tres; y de sus tripulaciones se decía que su estado normal a bordo era el de casi motín.

A diferencia de todo lo expuesto anteriormente, es necesario decir que España poseía una gran flota mercante de rápidos trasatlánticos, que pudo haber utilizado como carboneros, escuchas y auxiliares.

La Compañía Trasatlántica disponía de 22 vapores de elevado tonelaje y con un andar superior a las doce millas. Armadores como Pinillos, con cinco; Prats, Anzotegui, Hijos de J. Jover y Serra, Jover y Costa, Marítima de Barcelona, y otras, podían prestar 127 vapores, que hacía un total de 154 buques, cuyo estado de conservación y navegabilidad eran muy superiores a los de la Escuadra. Con capitanes hábiles y experimentados, de lo que es ejemplo el comportamiento del «Montserrat» y otros, rompiendo el bloqueo de las costas cubanas.

Esta flota mercante, seguramente la primera del mundo en su época fue utilizada con increíble torpeza, o quizás no tan increíble. Cervera y su escuadra anduvieron errantes cumpliendo órdenes telegráficas de Madrid desde Martinica a Curaçao y de aquí a Santiago de Cuba, persiguiendo fantasmales buques carboneros, y es por lo que en lugar de refugiarse en el puerto de La Habana o en el de Cienfuegos, entró con su escuadra en Santiago, ya alguno de sus cruceros estaba quemando sus últimas paletadas de carbón.

Algunos telegramas son evidencia de lo anterior.

«Ministro de Marina a Almirante Cervera.

Madrid, Mayo 15, 1898

Su telegrama recibido, trasatlántico 'Alicante' anclado en la Martinica, con carbón, tiene órdenes de salir inmediatamente para Curaçao...»

«Ministo de Marina a Almirante Cervera.

Madrid, 15 de Mayo, 1898

...Si no puede esperar al 'Alicante' deje órdenes para que dicho buque lo siga en su viaje, así como el inglés 'Tuickhand', que también lleva carbón...»

El 11 de mayo el «Alicante» se hallaba fondeado en Fort-de-France, según lo atestiguó el capitán Villaamil, que fondeó aquel día allí con su destructor «Furor», precisando que el vapor no tenía a bordo una sola tonelada de carbón.

Cervera creyó en la existencia del carbón y lo buscó en base a las promesas recibidas del Ministro de Marina antes de hacerse a la mar en Cabo Verde. Esta es una de las principales causas de su derrota posterior.

Madrid, en definitiva, se limitó a incorporar a su flota comprándolos, los vapores «Germania» y «Normania», el yate «Giralda»; a enviar a Cuba un número regular de torpedos; y a situar algunos millares de libras esterlinas en los bandos de Londres para atender algunos gastos de la Escuadra. Esto junto con la orden de pintar de gris nuestros buques fue cuanto se ordenó desde el Ministerio de Marina. No había que hacer más, frente a aquellos inexpertos como eran los marinos norteamericanos.

En Washington el Secretario de Marina en el Gobierno de Mac-Kinley fue John Davis Long, formado en Harvad.

En enero de 1898 prevé el conflicto, y por medio de un cable cifrado ordena a los capitanes de los buques americanos, navegando por aguas europeas, brasileñas, y del Oriente que no licencien sus tripulaciones cumplidas.

Mantiene siempre a la vista y actualizados una serie de informes sobre el estado completo de las naves españolas. Conoce que el Ministro Bermejo está en tratos con el Brasil para la adquisición de dos magníficos cruceros de guerra, el «Amazonas» y el «Almirante Abreu». Conecta y alerta a todas las cancillerías norteamericanas en Brasil, abre las Cajas de la Tesoría y anticipándose compra para su país los dos destructores citados. Se llamarían después «New Orleans» y «Albany». Compra el crucero «Nithers», de 7.080 toneladas, y el «Diógenes» bautizados como «Buffalo» y «Topetta» respectivamente. Adquiere sin vacilar el «Somers», 60 yates, algunos cañoneros, cuatro grandes trasatlánticos y once remolcadores.



Todavía fletará cuatro grandes vapores y 15 escampavías que arma y usa como cañoneras auxiliares. En total son 98 nuevas unidades las que incorpora a los efectivos navales norteamericanos. Los vapores «St. Louis», «Yale» y «St. Paul» entran en dique y son dotados de medios modernos para el arrastre y corta de cables submarinos. El «Vulcan» es transformado para servir de taller flotante, destilar agua y fabricar hielo. Fue un buque clave. Frente a Santiago de Cuba proporcionó piezas para reparaciones a 31 buques de su escuadra; 26 naves de guerra fueron atendidas por el «Vulcan» en alta mar sin tener que regresar a puerto.

El Secretario Long utilizó como transportes más de veinticuatro grandes vapores. El total fue capaz de formar en línea ciento cincuenta y un buques, y no perdió uno solo de ellos en accidente o en combate, por lo tanto, hay que dejar muy clara la evidente pericia de sus capitanes y tripulaciones. Es más, se puede decir que cuando se firma la paz la eficacia de sus navíos es mayor que cuando se inician los combates.

Vigila constantemente la derrota de Cervera. Calcula los puntos donde debe tomar carbón. Sabe las toneladas que cada navío español lleva a bordo cuando se inician las operaciones. Coloca escuchas en su camino y cruceros en Martinica, Guadalupe, St. Thomas, Cabo Haitien, Mola de San Nicolás y canales de la Mona y el Viento. No obstante la escuadra española arribó a Santiago de Cuba, en parte gracias a que el Almirante Sampson malgató su tiempo frente a San Juan.

Refugiado en Santiago, Cervera se cree casi a salvo, ya que Sampson y Schley desconocen su situación, pero el Secretario Long desde Washington conduce muy bien la marcha de las operaciones y rápidamente informado por sus agentes en Cuba de la situación de los buques españoles cablegrafía a sus navíos para que se produzca su bloqueo, lo cual es ya un hecho el 29.

Sin la precisión y el rigor de Long, Cervera hubiera podido refugiarse en La Habana o haber regresado a España.

## BIBLIOGRAFIA

- FORNER PHILIP, S. (1975): «La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano, 1885-1902», Madrid, Ed. Akal.
- FORNER PHILIP, S. (1966): «Historia de Cuba y sus relaciones con los EE.UU.», La Habana, Editora Universitaria.
- SCOTT, Rebeca: «La dinámica de la emancipación y formación de la sociedad post-abolicionista», Sevilla, A.E.A.